CAROLINE BERNARD

FRIDA Y LOS COLORES DE LA VIDA

Traducción de
María José Díez Pérez

Planeta

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta - España

Título original: *Frida Kahlo und die Farben des Lebens*

Caroline Bernard
© 2019, Aufbau Verlag GmbH & Co. KG, Berlin
Publicado de acuerdo con Aufbau Taschenbuch; Aufbau

© 2021, Traducción: María José Díez Pérez

Canciones del interior:
Página 68: © *Paloma negra*, 1966, Peer International Corporation, Editorial Mexicana de Música Internacional, S. A., creada por Tomás Méndez Sosa.

© 2021, Editorial Planeta, S. A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en España: abril de 2021
ISBN: 978-84-08-24124-9

Primera edición en formato epub en México: junio de 2021
ISBN: 978-607-07-7723-3

Primera edición impresa en México: junio de 2021
ISBN: 978-607-07-7694-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso en México - *Printed in Mexico*

1

Septiembre, 1925

—No seas floja, vamos.

Alejandro agarró la mano de Frida para arrastrarla. Esta sintió que un escalofrío le recorría la espalda, como pasaba siempre que se tocaban. Sin embargo, se zafó de él.

—Un momento. Olvidé el cuaderno.

Cuando volvió, Alejandro la estaba esperando con Miguel, un amigo común, al final del pasillo. Frida fue despacio para mirarlo sin que se diera cuenta. Alejandro Gómez Arias era atractivo, alto, tenía el pelo brillante y llevaba el traje con desparpajo. Le había llamado la atención desde el primer día. Iba tres grados por encima de ella y formaba parte de un grupo de amigos que se hacían llamar «los Cachuchas», por las gorras que llevaban. Los Cachuchas eran inteligentes, estaban al día en literatura y amaban la pintura. Su gran referente era el revolucionario José Vasconcelos, que como secretario de Educación había iniciado una campaña de alfabetización y sentado nuevas bases artísticas. Antes de que Frida se uniera a ellos, en el grupo solo había hombres, claro que a fin de cuentas no eran muchas las chicas que asistían a la Escuela Nacional Preparatoria.

Pese a las objeciones de su madre, Frida aspiraba a estudiar Medicina. Quería ser médica. Pero, sobre todo, para Frida la preparatoria era un ámbito en el que se respiraba libertad. Allí por fin podía huir de las limitaciones de su familia y de la vigilancia de padres y vecinos. Tomaba el tranvía a diario para ir del adormecido barrio de Coyoacán al centro.

Frida se subió los calcetines de lana hasta hacerlos desaparecer bajo la oscura falda plisada y salió corriendo. Al pasar por delante de Alejandro le dio con el codo.

—¿Qué estás esperando? —preguntó, y acto seguido bajó corriendo la escalera.

—¡Frida, espera! Eres imposible.

Frida tomó la curva de la escalera con demasiado impulso y la falda aleteó alrededor de sus piernas. Se agarró con fuerza a la barandilla y sorteó volando la mitad de los escalones.

—¡Frida! —la llamó él de nuevo—. Vas a echar a perder la reputación de las mujeres de esta escuela.

Frida puso los ojos en blanco. Quería a Alejandro con toda el alma, pero ¿por qué se negaba a entender que el movimiento, de cualquier tipo, formaba parte de ella? A pesar de la poliomielitis que había padecido de pequeña y de tener la pierna derecha más corta, no era capaz de concebir la vida sin rapidez, sin trepar ni bailar. Y eso era algo que a esas alturas él ya debería saber. ¿Por qué todo el mundo le exigía que bajara las escaleras recatadamente, sin quedarse nunca sin aliento? ¿Porque era una mujer? Pues claro que era una mujer, ¡y tan impetuosa como le diera gana!

Se detuvo de golpe en mitad de la escalera y Alejandro chocó con ella.

—Pero es que me gusto como soy. Tú lo que tienes es miedo de que sea más rápida que tú —replicó.

Respirando hondo, Alejandro se quedó un escalón por encima, con el cabello oscuro cayéndole por la frente y los labios de un rojo vivo. Se inclinó hacia ella y la besó en la boca. Frida se dejó besar y después se escurrió entre sus brazos, siguió bajando a la carrera y cruzó el umbroso patio interior.

En la calle la recibió el bochorno de la tarde. Era septiembre, la estación lluviosa tocaba a su fin y el aire estaba cargado de humedad. Por la mañana habían caído cuatro gotas y los edificios estaban relucientes.

Bajaron por la calle República de Argentina hacia el Zócalo. El Zócalo era la enorme plaza central de la ciudad, donde se encontraban la catedral y el Palacio Nacional. Allí se daban cita prestidigitadores y mariachis, vendedoras y estafadores, políticos y gente corriente. Frida daba rodeos porque no quería ir a casa. Coyoacán era el sitio más aburrido del mundo. La única distracción era la polvorienta plaza Hidalgo, frente a la iglesia, pero allí se conocía todo el mundo, siempre se estaba bajo la mirada vigilante de los vecinos y el cura. En las calles de la capital la gente se agolpaba en los mercados y los cafés. En el Zócalo había música y personas con pancartas o haciendo trucos de magia. Siempre había algo que ver, y allí podía besar a Alejandro sin que nadie dijera nada.

Con el tiempo que hacía, ese día las terrazas de los cafés no estaban muy concurridas. Pese a todo, las mujeres indias habían montado sus sencillos puestos hechos de tablas de madera. Frida abrió el pequeño paraguas que llevaba y se paseó despacio por delante de los puestos. Las

vendedoras, sentadas ante la reja de hierro que rodeaba la catedral o al amparo de las paredes, ofrecían frutas y verduras, bordados y cerámica. Incluso se veían ya las primeras coloridas calaveras de azúcar, aunque aún faltaban unas cuantas semanas para el Día de Muertos.

—¿No tienes que ir a ver a Fernando? —preguntó Alejandro, intentando esquivar el paraguas de Frida—. No sé por qué llevas esto, si no llueve.

—Pero es precioso, ¿no crees? —Frida lo hizo girar en la mano, de manera que los flecos que lo bordeaban se movieron—. Y no, hoy no voy a ver a Fernando.

Fernando Fernández, grabador y amigo de su padre, le daba clase de dibujo dos días a la semana a cambio de que ella le echara una mano en su imprenta.

Frida se detuvo en su puesto preferido, que vendía amuletos y pequeñas imágenes votivas pintadas en chapa. En esas tablillas, que servían para dar gracias o para pedir algo a los santos patrones, se narraban las historias más alocadas sobre las necesidades y preocupaciones de la gente de a pie. Frida pasó el dedo por cada uno de los retablos y leyó las inscripciones. «Son casi como expresar con pintura el alma del pueblo mexicano», pensó fugazmente. La anciana india la reconoció.

—Mire —le dijo—, mire estos, son nuevos. —Le señaló unas tablillas del tamaño de una postal.

—Mire, en este una mujer da gracias por que su marido no la atrapó cometiendo adulterio y jura que a partir de ahora siempre le será fiel. Podría ser tuyo a la perfección —comentó Alejandro.

—Pero yo te hablé de Fernando y, además, no hemos llegado hasta el final. La próxima vez que te engañe, pediré

antes ayuda a los santos para que no me atrapes. —Maldita sea, ¿por qué había dicho eso? Frida le tomó la mano deprisa y se la besó—. Era broma —musitó despreocupada.

Un amuleto del tamaño de la palma de su mano le llamó la atención. Era de un rojo vivo y tenía puntitos amarillos. Al lado de este había un pequeño corazón de chapa con un vistoso reborde esmaltado. En el corazón se veían un hombre y una mujer de perfil, a todas luces una pareja de enamorados.

Frida los tomó y se los enseñó a Alejandro.

—¿Cuál de los dos? —le preguntó.

—Toma ese. —Señaló el amuleto.

—Ay, pero es que yo prefiero el corazón... —Le dirigió una mirada significativa—. Ya nos podemos ir —le dijo con una sonrisa, y se agarró de su brazo después de guardar con sumo cuidado el corazón en el bolsillo de la falda.

A su lado pasó un tranvía tirado por caballos, apenas más rápido que ella. A Frida le llegó el penetrante olor de los sudados animales.

—Es el nuestro —observó Alejandro, haciendo ademán de subirse a él.

—¡Espera, olvidé el paraguas en el puesto! —exclamó—. Voy por él, ahora mismo vuelvo.

Sin embargo, cuando se unió de nuevo a Alejandro, el tranvía ya se había ido.

—Bueno, pues tomaremos el autobús, que por lo menos no huele tan mal —propuso.

No hacía mucho que los nuevos autobuses circulaban por la ciudad. La mayoría de los vehículos eran viejos modelos de Ford de Estados Unidos reconvertidos, pero se

consideraba de buen tono ir en autobús. En ese mismo instante el autobús rojo que decía «Coyoacán» dio la vuelta a la esquina. Frida fue corriendo junto al vehículo hasta situarse a la altura de la puerta abierta.

—¡Pare! Suben —pidió al conductor, y saltó al estribo. El conductor frenó y la estampa de la Virgen de Guadalupe se movió a un lado y a otro, enloquecida, ante la luna delantera—. Y mi amigo también —añadió, sin aliento. Le tendió la mano a Alejandro, que también dio un brinco.

Frida se abrió paso entre los pasajeros, sentados a ambos lados en los bancos de madera alargados, para ir a la parte de atrás. El autobús arrancó de nuevo, dio una sacudida y lanzó a Frida contra un hombre barrigudo. Logrando mantener el equilibrio a duras penas, Frida se agarró a una de las barras. Alejandro se situó a su lado. Al notar su cuerpo tan cerca del suyo, Frida lo miró y le sonrió. Por la hilera de ventanas entraba el olor a tortillas. El conductor tomó una curva con brío y ella se pegó aún más a él. Sentía los latidos del corazón de Alejandro y un cosquilleo agradable en el bajo vientre.

—Perdona —se disculpó él, pero ella vio en sus ojos que también disfrutaba del roce.

En la parada siguiente se subieron dos hombres, con una tosca chamarra llena de manchas de pintura. Frida percibió el olor a aguarrás cuando se detuvieron cerca de ella. Llevaban botes, y uno de los dos sostenía una bolsa de papel enrollada. El sol arrancaba destellos al borde de la bolsa. De vez en cuando asomaba un polvo dorado.

—¿Es oro? —preguntó Frida, picada por la curiosidad.

El hombre asintió.

—Para los frescos de la ópera. —Le enseñó la bolsa y ella vio las minúsculas partículas doradas.

Frida oyó fugazmente el chirrido del tranvía que venía en sentido contrario con su atención todavía centrada en el brillante polvo de oro. Unas partículas salieron volando y se enredaron en el vello de su antebrazo. Intentó agarrarlas con la punta del dedo. De pronto sonó un pitido estridente, y el autobús se ladeó y dio un bandazo. Desvalida, Frida trató de agarrarse de nuevo a la barra, que había soltado para agarrar el polvo de oro.

Tras un crujido y un estrépito ensordecedores, una lluvia de polvo dorado cayó sobre Frida. La violenta colisión hizo que sus pies dejaran de tocar el suelo.

—¡Dios mío! —oyó exclamar a la señora que tenía al lado, presa del pánico.

Frida vio las partículas doradas suspendidas en el aire, sintió los estremecedores chasquidos, los gritos de la gente. De repente tenía los brazos debajo del cuerpo y las piernas levantadas. Ya no veía nada, solo el oro que brillaba en sus brazos. A él se añadieron astillas plateadas, que a Frida le recordaron a los diamantes. En ese momento se estrelló contra el suelo. El vivo sol la iluminó, haciéndola brillar como si ella misma fuese de oro. ¿Dónde estaba Alejandro? Hacía un instante iba pegado a ella. A continuación algo fue volando hacia ella, algo brillante, pero esa vez no era oro, sino algo largo y puntiagudo. Y entonces llegó el dolor.